

GUARAQUEÇABA Y LOS ALVAR

José María Alfonso Sánchez

I. — SITIO

Los Alvar (Janine y Julio) embarcados andan en la mastodóntica empresa de la creación del primer Atlas Lingüístico y Etnográfico del Brasil Paranaense. No les interesa la babélica mazcolanza de los pueblos radicados recientemente en el Paraná, sino el rincón litoral atlántico, vertiente oriental de la Serra do Mar: el único jirón vegetal de este Estado meridional brasileño donde estrelea un archipiélago humano que mantiene aún la cultura de sus antepasados locales. Sólo en este rincón podían los Alvar trabajar o recuperar, si es que queda, algo de la herencia de los indios que poblaron esta región "brasileña": los tupí-guaraníes. Les esperaba "el mato" (la selva) hostil, lujurioso, con sus lianas, sus orquídeas, sus flores deslumbrantes, sus palmeras, su furia vegetal o mundo mágico vomitando reptiles, monos, legiones de periquitos, mosquitos pernilongos, borrachudos, botucas silentes eficaces. Avanzaron por esta sed. Husmeaban el hombre del Paraná y lo descubrieron en jirones de cultura primitiva, cuyas brasas extinguiránse en breve con la vegetación crepuscular de esta rinconada brasileña, que destruye el ritmo histórico del Brasil. Ya en el Siglo de Oro, los portugueses aniquilaron, al buscar su "riqueza ou o seu modo de lucrar", el "pau do Brasil" ("Madera de un palo de América meridional, muy usado en las artes de teñir. Es dura, compacta, casi insípida, y de color rojo pálido en su interior, que se oscurece al contacto del aire". Brasil quiere decir tierra donde se crían estos árboles color de brasa). Luego fueron los indios, que los "bandeirantes" capturaban en la región Guaira, por las barrancas

del río Paraná, donde los jesuitas españoles hacían de sus “misiones” canteras riquísimas en indios pacíficos y hechos al trabajo. Era mercancía excelente y bien remunerada si se lograba que llegaran sanos y salvos de taras y accidentes hasta los mercados de carne humana. Los “bandeirantes” tenían la misión altísima y patriótica de expulsar a los jesuitas españoles de “uma terra que é a nossa e não de Castella” y de capturar a los indios que a los castellanos servían: 100.000 fue su trofeo hecatómbico. Al no haber indios que cazar, buscaron oro. Sólo unos pocos se dirigieron al Sur y en la bahía que gazatea las estribaciones de la Serra do Mar fundaron Paranaguá, tierra adentro la aldea de Morretes y al serpentear la Serra do Mar otra aldea: Curitiba, que hoy blasona de capital del Estado del Paraná.

II. — PANORAMICA PARANAENSE

El Paraná retoza en suas 199.554 Km.². La menudencia de un 0'5% en su área vegetal, que adelgaza cada vez más por espaciar las áreas de la agricultura y la ganadería. Un 8% son aún tierras incultas, un 20% cultivadas y un 25% pastos para el ganado. Ganadería y agricultura son los dos polos del eje económico del Paraná. El mato o selva es el enemigo número uno de la economía paranaense.

Fue región de tránsito de los ganados de las haciendas del Sur que nutrían las ferias del Centro.: Por el 1.900 la emigración descubre en estas tierras sureñas su nuevo paraíso agrícola. El suelo es fertilísimo y se presta a todo: al café, al algodón, al maíz y a la soja. El ritmo productor depende de las demandas internacionales y los 8.000.000 de habitantes que pueblan estos campos vigilan los mercados y tiranizan la tierra sometiéndola a las exigencias del lucro que el comercio internacional ofrece. La población se reparte en ciudades de más de 200.000 habitantes. Hasta la segunda guerra mundial sólo eran andehuelas con casas de madera. Los emigrantes llegaron y siguen llegando a estas tierras, que con ellos se han transformado en las mayores productoras y exportadoras del Brasil. Disponen del segundo puerto exportador del país: Paranaguá. Las gentes del Estado no se resignan a la imponente riqueza agropecuaria que las nutre y crearon la Codepar (Compañía de desarrollo económico del Paraná), de la que floreció otra compañía: Badep. Entre otras cosas se encarga de subvencionar la Universidad Federal del Paraná para que haga investigaciones. Tal ayuda económica permi-

tió, por ejemplo, hacer el mapa geológico de la región basándose en planos aéreo-fotográficos. El citado mapa puso al descubierto yacimientos de niobio en el Cerro Azul y uranio en Curitiba y Ortigueira. Si las "jazidas" (yacimientos) son ricas, se encargará de su explotación la iniciativa privada. El Estado arrienda.

”

Las centrales eléctricas de Capivari y del Iguazu producen la energía eléctrica necesaria para el desarrollo económico del Paraná y su consiguiente industrialización.

Una carretera une Curitiba con Guaraqueçaba, municipio donde los Alvar han recogido sus materiales. La carretera hoy día no es transitable para el gran tráfico. Cuando lo sea, el bosque se talará y la vegetación se enanizará hasta el pasto, las cobras desaparecerán y el ganado pacerá y pacientará hasta el matadero. Los hombres que hoy viven la tiranía del mato se subyugarán a otra más terrible y hasta incluso irremediable. La civilización los alfabetizará, les proporcionará antibióticos, insecticidas, televisión y perderán los diablos de la selva y sus leyendas y ese pavor del mundo vegetal que anima al hombre que en esos laberintos vive. Los Alvar han querido grabar esos ritmos y se han ido al municipio de Guaraqueçaba, al que llegaron por la tierra de cráteres arcillosos, donde la lluvia hacía de la tierra goma pegajosa y las ruedas del jeep "rural", que les prestara la Universidad del Paraná, se paralizaban casi. Fue como si la tierra no quisiera someterse ni a los Alvar, que iban a salvarla de estos momentos crepusculares en los que se hunde. De Morretes a Guaraqueçaba hay setenta y tantos kilómetros. Para tragárselos tardaron cuatro horas largas. Así es esta tierra de inhóspita para quienes en ella no viven. Y esta fiereza se transplanta, poco a poco, al Atlas Lingüístico y Etnográfico del Paraná, que es el testamento de un pueblo agonizante y que muere con el canto de sus mayores en la sangre, en la boca y en la piel. Tal canto ruge porque hubo unas genticillas perdidas en Aubervilliers, hechas ya a estas melodías por tierras de España, en cuyos pueblos encontraron a unos solitarios aferrados al terruño que no cedieron a la tentación del éxodo y allí arrastraron su vejez, junto a la sombra de sus padres. Al alba seguían espionando un sol magnífico que les cantaba en el alma los cantos viejos de sus abuelos, que entre otras cosas les enseñaran las tornas y retornas de Agosto, eso que llaman las "cabañuelas". Así aprendieron los Alvar a curtirse y, en esta ascesis, a chuparle al aire, que les azota

y del que respiran, todos los mitos, las leyendas, las costumbres, las artes, la sapiencia de los pueblos bisontes aún verdecidos, que desde su frescura de pintura rupestre tribal o aldeana alcanzamos y nos alcanzan. Cazadores o presas, quien sabe. El Brasil cuenta con el candoblé, la macumba y otros ritmos muy viejos. Los esclavos los trajeron, los arrastraron del altivo Atlántico de la Costa del Marfil al pérfido de las costas brasileñas. Hoy canta el Brasil estos ritmos. Ojalá los amigos que hoy encontró Alvar, cuando esclavicen (sería un milagro si lo logran) en ritmos de nuestra sociedad de consumo, la consuman con sus leyendas, su puerza vital y maravillosa de epifitos que sus ojos encienden.

III. — LAS VISCERAS PARANAENSES

En la vertiente atlántica de la Serra do Mar se encuentra Curitiba por los 900 m.. Eslavos la pueblan, frío invernal la tiritan, carnaval sin la furia rítmica de los negros acamaramela su dulzura juvenil dorada y una Universidad le vanza una proa osada, que timonean los Alvar gestando y estructurando el estudio etnográfico del municipio de Guaraqueçaba, que en sus 2.000 Km² abriga una población diseminada de unos 12.948 habitantes, hasta hace cuatro años completamente incomunicados con el resto del Estado. Hasta esa fecha sólo por vía marítima y fluvial se podía asaltar esta fortaleza selvática, cuyos poblados han recorrido los Alvar cumpliendo las minucias de un cuestionario de más de seiscientas preguntitas, con las que se abarca la vida humana de cada localidad parenteseándola entre el nacimiento, la muerte y la supervivencia después de la muerte con sueños y mitos. Así fijan el medio ambiente: flora, fauna, habitación, medios de subsistencia, labores domésticas, agrícolas y fluviales, utensilios caseros, instrumentos de trabajo, remedios medicinales y psíquicos, leyendas y supersticiones de Guaraqueçaba, cuya etimología tupí-guaraní quiere decir: "guará"=lobo de la región (exterminado porque su piel era muy codiciada); "queçaba"=lugar. Guaraqueçaba: guarida de guarás. Los Alvar no los han podido cazar más que en su etimología y así los fijan en el conjunto y contexto que ilustran sus dibujos y comentarios. Aguantaron 58 horas de barco, se zamparon los 42 poblados guaraqueçabanos de cabo a rabo, los arquitecturizaron en 2.000 fichas etnográficas, los trabaron en 1.152 fotos en blanco y negro, los sensibilizaron en grabaciones magnetofónicas donde el eco de la selva y sus hombres resonará cuando ni la salvaje vegetación, ni sus animales pujan. Todo

este material lo establecen en los tomos del Atlas, gestado en unos cuantos meses de trabajo febril. Consta de cuatro partes: etnografía gráfica, descriptiva, estudio económico y socio-etnográfico y vocabulario.

IV. — METODO ALVAR

El método o camino de Alvar hasta Guaraqueçaba ha sido largo. Empezó con el Atlas Lingüístico y Etnográfico de Andalucía, ya publicado, siguió con el de Canarias y cerró su ciclo hispánico con el de Aragón, la Rioja y Navarra, cuyas láminas expuestas por el Consejo Superior de Investigaciones Científicas en la Diputación de Zaragoza despertaron el interés de la ciudad maña y el de un universitario brasileño que en la exposición zaragozana comprendió la valía y posibilidades de Alvar. Pidió se le invitara a diversas universidades brasileñas para dar conferencias sobre etnografía hispánica y sus derivaciones. La Universidad de Curitiba lo acogió calurosamente y uno de sus responsables, el escritor Temístocles Linhares le propuso el que realizara un Atlas Etnográfico del Paraná. No se arredraron ante la serie de problemas que tal proyecto les planteaba y como cimientos de tal obra monumental hicieron un cuestionario basándose en el utilizado en España, pero con apéndices en los que se captará la etnografía propia del terreno a explorar. Se documentaron sobre cuanto se sabía de la región que a Julio Alvar se le propuso como campo de trabajo, delimitando después de trazar la cuadrícula del mapa del Paraná con un criterio socio-económico. La primera vez (1972), el Brasil los acoge como huéspedes de honor fletando incluso un avión para que puedan visitar la selva amazónica. En el verano-invierno del 73 vuelven y afincan en el Paraná. En noviembre del mismo año, tras un viaje penosísimo a través de barrizales que cubren la infantil carretera de Morretes a Guaraqueçaba, llegan a este lugar y se lanzan intrépida y denodamente por una serie de exploraciones geográficas, lingüísticas y etnográficas que les permiten conocer Almeida, Ararapira, Barra de Ararapira, Bertioğa, Canudal, Colonia de Superagui, Guapicú, Ilha das Peças, Ilha do Pinheiro, Ilha Rasa, Medeiros, Ponta da Mariana, Sambaquí, Superagui, Saco de Tambarutaca, Tibicanga. Así se empapan de la vida pesquera-agrícola de estos lugares, en los que los recuerdos endurecen con imágenes de niños raquíticos y panzudos, minados de verminosis y parturientas adolescentes, cuya placenta aún pudre y gangrena semanas después de un parto languísimo e infernal. Les

aguarda el mato de Abobreira, Açunguí, Ipanema, Rio Bananal, Batuva, Borrachudo, Capivari, Laranja Azeda, Pederneira Pedra Chata, Río Guaraqueçaba, Río Verde, Río Serra Negra. . . Avanzan por esta selva inhóspita que obliga a largas horas de camino para alcanzar un poblado y el trayecto les ofrece: la explosión de las palmeras “guaricanga” y “guabi-roba” con cuyas hojas y ramajes se techan las chozas; las lianas que os ciegan y con las que los indígenas tejen sus cestos; el “guapiruvu” que se transforma en canoa al vaciarle el tronco; el “jacatirão” de cuya corteza se valen para teñir las redes; la “hortelã” o menta que remedia las lombrices de los niños; le “erva-cidreira” que calma a los cardíacos; la “salva” que corta el resfriado; la “goiabeira” y el “abacate” con sus virtudes diuréticas; el “pau de quati”, liana-raíz que al mezclarse con el aguardiente (la pinga) es un afrodisíaco masculino. Y la fauna riquísima los reta y no hay poder contra la “jararaca” de metro y medio, la “jararacuçu” de dos metros y medio, la “cobra-coral”: tres venenosas mortales. La “caninana” es una culebra golosa de la leche de las nodrizas a las que visita de noche y las seca. Para que el lactante no lllore, le ofrece la punta de su rabo como chupete y así junto con la madre, seca al niño. Es el único que se muere de inanición. Otros animales cruzan y tiemblan la maleza: el “veado”, la “capivara”, el “anta” (tapir). Con cuernos de veado (venado), uñas de anta y capivara se prepara un fortificante para las recién paridas. Así atravesaron el mato y en él vivieron con los que en él sufren y resisten como no somos capaces de imaginar. La familia que un día los hospedara en sus chozas (cocina y dormitorio) se adentraba unos veinte kilómetros en la maleza para cortar y transportar a cuestras el palmito. El padre 70 kgs., la madre y el hijo mayor de unos once años, 30 cada uno. Los otros cuatro quedaban en la choza y para matar el hambre rabiosa que los devoraba, les arrancaban las plumas a las cuatro gallinas raquílicas del “corral” casero y las chicharraban en el “fogão” antes de comerlas. El padre se gravaba con los setenta kilos de palmita y un lagarto de tres kilos que aliviaría el hambre de su familia. . . Este hombre conocía la dureza del mato a fondo y sabía lo que era recorrerlos durante tres días con sus noches, a rastraculo, con una pierna sajada por un palmito al caer vencido al suelo y logrando cortar la hemorragia atándose la pierna al cuello con los jirones de la camisa. Gracias a su perro fidelísimo logró salvar los veinte kilómetros que lo se-

paraban de sua cabaña, en la que las pulgas le aguardan siempre y para perderse en el sueño por otros derroteros, esas tarimas sobre las que se coloca la estera; así se asegura que las "cobras" que merodean no le morderán.

Otro recuerdo salvaje es el de la pesca de la "manjuva", a la que se le obliga, batiendo el agua con los remos, a entrar en las redes mortales. La pescan, la cuecen, la secan al sol para que no se pudra. Terminará dándole su gustillo a las pizzas de los grandes hoteles. A los Alvar les esperaba el hambre compartida con los nativos y la sorpresa de esperarlos. Los indígenas de Abobreira sabían que gentes extrañas recorrerían sus tierras. Lo supieron por las huellas que en el barro dejaban estos aventureros etnógrafos.

V. — RETAZOS ETNOGRAFICOS

Desde la Universidad Federal del Paraná, sita en Curitiba y en su sección de Ciencias Humanas, Letras y Artes, Julio Alvar me envía sus primicias del Atlas. En tal estima los tienen y tal importancia dan al trabajo de los Alvar que la Universidad los aloja en sua casa, para que biblioteca y útiles accesorios les ayuden en lo que pudieran necesitar para la arquitecturización de la imponente obra que estos "Adelantados" del Paraná de Guaraqueçaba realizan (utilizo el calificativo de Adelantados en el caso de los autores del Atlas por darles ese sentido de gobernadores de provincias fronterizas que antaño tuviera el cargo y que a Janine y Julio Alvar les cuadra: han gobernado toda esta comarca de Guaqueçaba que boquea su crepúsculo y así se precipita en otros paisajes de pastizales y cultivos agrícolas). Son retazos etnográficos de un valor excepcional, pues los cortó el dibujo y así, hoy, nos afirman en lo que fuera el pasado por lo que el presente conserva. Todo el sentido de la tradición es ése: virtud nuestra de interpretar las costumbres y modos de enfrentarse con la vida que tuvieron nuestros antepasados luchando contra una naturaleza hostil, a la que no obstante se puede domesticar. Tal aptitud del hombre cambia el paisaje y le obliga a moldearse y readaptarse a las nuevas condiciones medioambientales creadas. Y estas relaciones mutuas del hombre y la tierra siguen teniendo el mismo carácter atroz que siempre tuvieron. El hombre diría un parasitario terrestre: vive en la tierra y en ella se arrastra hasta alcanzar las cumbres luminosas de la muerte. Los retazos etnográficos aquí desplegados ofrecen no sólo este detalle terrestre restringido

sino otra belleza luminosa que el aire puro, el agua agua, y la sal de la Tierra destilan.

Ese "pito roseta", (A) pez antidiluviano por su aspecto, que el agua dulce pasma. El "peixe espada" (B) (pez espada) con su metro cincuenta de largo que en la costa del Atlántico vieran. Dos animales del agua, de donde las gentes de Guaraqueçaba sacan parte de sus recursos, como población pescadora agrícola. Para vencer el agua del mato les proporcionan los troncos, que se vacían y transforman en canoas. Los hombres tienen que llegar al mato lejano, elegirse un árbol, cortarlo, vaciarlo y acarrearlo hasta el mar. La faena requiere ayuda y se necesitan varios hombres para portear estos troncos pesadísimos, que junto al mar se acaban tallando en canoas. Son idénticas a las utilizadas por los indios. Reman de pié y no sentados. Suelen ir hasta cuatro pescadores, remando dos a la derecha y los otros dos a la izquierda. Los remos son de una sola pala. Al volver, el copo de pescado se divide en cinco partes. Cuatro para los pescadores y la quinta para el dueño de la red. Entre la artesanía relacionada con el mar está la fabricación de las redes.

No sólo del agua, sino del bosque o mato vive el hombre de Guaraqueçaba. En esa selva saca la madera necesaria para el fuego, para la cabaña, las lianas que trenzará en cuerdas y geometrizará en redes, el "piri" (junco) de sus ríos que tejerá en esteras.

El hombre corta con el hacha los troncos y a hombros los acarrea. El asta del hacha le sirve de apoyatura tras el pescuezo. El brazo y mano izquierda sostienen una punta del tronco embarrancando en la ondulación del cuello y reteniéndose en la presión de la mano derecha. (C) Así llega a su casa y no le importa la torticosis posible. La capacidad energética de estos hombres no debiera perderse, sino encontrar una expresión en el mundo moderno que les aguarda; porque no estriba en la dureza, ni en la fatiga, ni en los trabajos que lleva consigo (como toda una literaturilla barata y demagógica sigue sacando a luz) sino en la capacidad del hombre que puede realizar algo y lo logra. Su hazaña es una conquista contra la inercia, contra el desaliento, contra todos los factores adversos que tienden a tirarlo por tierra. Su paso decidido, su alegre impulso, la seguridad con que afirma su marcha, todo en este hombre es un canto soberbio que otra esperanza muy vieja revela y desvela. Y en las ciudades se nos habla del confort, de las técnicas que facilitan el trabajo y

se nos silencia el poder del hombre, su capacidad para realizar sus derechos, su vida. No quiere decir que el caso de este porteador responda a esta situación tan sólo, sino a otras muchas. Ayer me decía un tipo de la Kabília: "el problema estriba en que la gente no está instruida", y yo sabía que el problema no es ése. Este porteador del mato me confirma y aclara las ideas. Mi problema es ser un porteador de otros múltiples matos, para mis ciudadanos.

En el mato se encuentra el hombre a sí mismo y logra sacarle y sacarse partido. Allí cobra los materiales forestales de su choza y los carburantes de su cocina. Al rincón del fuego le llaman "fogão". Puede ser simple y es la equivalencia de lo que en el campo español utilizan campesinos y pastores con piedras. El documento gráfico que adjunto nos lo muestra con ladrillos y al fondo elementos de la choza o casa y los cacharros, que definen influencias actuales extrañas de mercados y otras yerbas. (D)

Otro tipo de "fogão" muy común todavía: en el suelo, con una cadena para colgar el puchero. El tronco se llama "trafogueiro" y dura toda la noche. Sirve para mantener el fuego, como el navideño en España. (E)

Encima del fuego en todas las casas hay un "fumeiro" hecho de unos palitos de bambú o de lianas para "defumar" el pescado o para que las "bananas" maduren.

Al hombre le tocan todas las faenas y actividades extracaseras y a la mujer la casa y toda la artesanía relacionada con la vida doméstica. De ahí que la cerámica sea cosa de mujeres. (F) Se trata de una cerámica tradicional, india, muy rudimentaria y entroncada en la tradición en la tradición andina, que hasta aquí llegara, como puede comprobarse por la producción actual y por la cerámica del museo Tiachuanaco de la Paz (Bolivia). Hay un mapa donde está trazado el itinerario seguido por los indios, a través del Paraná, del Atlántico al Pacífico. El camino trae siempre intercambios e influencias. La cerámica de Tiahuanaco está decorada, la de Guaraquecaba no tiene los círculos bermejos de aquélla. Cerámica que se conserva como una tradición matriarcal y se transmite de madre a hijas. Hoy es crepuscular. Hace años había varias alfareras, ahora tan sólo dos ejercen el oficio de las abuelas. Una les dijo a los alvar que su hija no aprendería el oficio. Ella Sólo hace cacharros y su madre hacía juguetes. Lo utilitario se impone desgraciadamente.

La mujer, ayudada por el hombre, se encarga de la mollienda, que se efectúa en el "ralo de mandioca": (G) el hombre acciona la manivela y la mujer que está sentada en la punta donde hay una tablilla, va poniendo los tubérculos de mandioca por la abertura triangular. La rueda tiene una chapa de cobre llena de agujeros, que rallan la mandioca y cae en un "côcho", recipiente hecho casi siempre con una canoa vieja.

Después la masa obtenida se coloca en un "tipiti" (ce-nacho) que la prensa estruja (H) para quitarle el líquido que tiene; se acaba de secar y se tuesta en el horno.

Para completar el vocabulario: a todo agujero se le llama "buraco", la llanta de cobre está llena de "buraquinhos".

A la tablilla en la que la mujer pone la mandioca se le dice "cebadeira", que equivale a la tolva de este molino.

Al cedazo que cierne la harina se le llama "peneira".

La masa se pone en el "forno" para secar la "farinha" de mandioca después de rallada y prensada. Se extiende y se va removiendo con una "pá de mexer" (I) (palita de madera) hasta que esté bien saca y un poco tostada.

El hogar se alimenta con leña.

La "casa de farinha" está hecha con palos abiertos para evitar el calor.

Completan los retazos etnológicos alvareños estos modelos de "pilão": (J) aparatos cincelados a mano en una "madeira" dura para "socar" (machacar) café, descascar arroz y machacarlo con la ayuda de la "mão" (mano).

El mobiliario es practicamente inexistente. En contadas casas y en la capital del municipio hay muebles. Viven en "ranchos" (cabañas) y casas de "táboas" (tablas de madera). En los ranchos, duermen sobre esteras de artesanía casera, colocadas sobre unas tarimas hechas de palos, que forman una plataforma lo suficientemente separada del suelo mediante estacas para protegerse de ciertos bichos. Entre la estera y la colchoneta de madera se pone un ropón de hojas. En las casas, la estera reposa directamente en el suelo de madera, ya que la construcción está aislada de la tierra por unas "sapatas". Encima de la estera, cuelga la cuna del "nenê": "rêde" tejida con "cipó" (liana). La "rêde" se ha empobrecido, quedando reducida a un saco viejo que se tiende con unas cuerdas en las puntas.

Otra de las facetas de la vida es la musical encerrada en el "fandango", ya raro hoy. Se bailaba después del "mutirão" o trabajo en común. La pérdida de esta costumbre es debida a la desaparición de las fiestas, condenadas por las religiones. No obstante es un mundo que sigue plagado de fantasmas terrestres y marítimos. Entre las supersticiones está el "mau-olhado" o maldición que se quebrará con una cruz de palos plantada en el suelo y en cuyas puntas de brazos y asta ponen botellas vacías. Es una versión del espantapájaros.

Cuando quieren propiciarse una buena cosecha y abundancia clavan una calavera de buey en una pica de la cerca. Para atraer "tatus" y buena caza, el cazador cuelga un rabo de tatu en su casa. El mundo de estas supersticiones y leyendas no acaba ahí. Tienen el "cavalo-sem-cabeça" en que se transforma el hombre adúltero reencarnándose en un caballo descabezado o la mujer en una mula descabezada: es decir que les cortaron la cabeza. Son monstruos que salen de noche, haciendo un ruido infernal, arrastrando cadenas y así asustan a las gentes. "O lobishomem" (hombre lobo) suele ser el sétimo de los hijos cuando sólo son machos y si sólo hay hembras, la sétima es bruja. El perrolobo ataca a los mortales y la bruja se engolosina con la sangre de los recién nacidos que están bautizados. Al perrolobo se le reintegra a su estado natural hiriéndolo y sacándole sangre y a la bruja no se la puede remediar. Sólo se puede defender a los niños de su sed dracúlica atando, con las puntas hacia arriba, unas tijeras en la cuna o hamaca.

Otra de las leyendas (que se extiende por todo el Brasil) es la del "Saci-Pererê": un crío negro con una sola pierna, que se pasea y hace rabiarse, silba para asustar y les tira de la cola a los caballos. Es una especie de espíritu del mal o duende de los bosques y que reina en Guaraqueçaba.

Creer que del cielo caen rayos de piedra u oro terriblemente destructores. A los siete años afloran a la superficie como si fueran boyas.

VI. — EPILOGO

Toda una nutrida correspondencia con los Alvar me ha permitido poseer un buen puñado de referencias y conocimientos sobre este lejano Brasil maravilloso. Lo he completado con una extensa bibliografía facilitada por la Embajada del Bra-

sil parisina. Así he podido salvar estas pendientes y escalar este homenaje a “los Alvar” que ofrezco. Su gesto revive su genealogía de Alvar y el solar hispánico que los hiciera. Solos han osado enfrentarse con la tierra y no como lo hicieron los “bandeirantes” y ese fatídico Souza que desde las Costas del Marfil intentara secar el Africa. Ojalá en España se organicen exposiciones de esta aventura. Actualmente en Curitiba gozan del mundo que vivieron los Alvar. La selva, sus músicas, sus hombres, la vida de Guaraqueçaba y con ella el recuerdo pálido de los indios tupí-guaraníes abren su evangelio extraño y quisiera que esa nueva fuera buena y no consumiera estas brasas que aún arden, sino que les diera un rescoldo digno e inteligente. . . sabio, muy sabio.

Por si algún lector quiere contactar a los autores de esta hazaña, pueden dirigirse al “Setor de Siências Humanas, Letras e Artes” de la “Universidade Federal do Paraná”. Con sede en Curitiba. 80000 Curitiba (Paraná) — Brasil —. No les dirijan la correspondencia a Guaraqueçaba. No hay correo, ni teléfono, ni telégrafo.

Son los andaricgos, con los remos muy sólidos, quienes tan sólo pueden llegar a estos “sertões” y como nunca segundas partes fueron buenas.

Paris, Agosto de 1974